

Quién me ha visto y quién me ve

La historia de Mundi — Capítulo 21

Nací mujer en el año cuarenta y siete, en un lugar de rizos y cabras, en una Castilla bien venida abajo por la dictadura, y en una familia donde se acumulaban las penas, las hostias de cura, y las de mano abierta. Segunda y secundona de nueve hermanos. De padre cojo y zapatero. Y de madre santa, sufridora y panadera. Qué dulces hacía mi madre, algo que contrastaba con lo amargo de su carácter y con la rigidez de sus silencios.

Mi madre paría niños como paría panes. En aquellos tiempos había que poblar España, ser madre y ser santa, ser religioso y tener muy mala hostia. Los hombres y mujeres del pueblo, con guasa de postguerra y su sonrisa de mono, me preguntaban qué quería ser de mayor. Doctora, contestaba yo vivamente. Se pueden imaginar la chanza que se formaba en la cara de esos hombres con risa de mono escolástico cuando oían de una niña pobre y mujer, que quería ser doctora.

Doctora, una mujer, en esos tiempos. Pero yo seguía en mis trece y la vida me resultaba de una belleza extrema cuando cada mañana tomaba el cuadernillo y los lápices para ir a la escuela. Cómo me gustaba la escuela.

La niña que fui la sigo siendo, aunque ya con canas y furias, techos y sinsabores. Nunca sé bien cuándo decir que sí y cuándo decir que no. No logro acertar en los contextos y siempre me parto en dos. Por un lado mi deseo, esa voluntad que te susurra, y por el otro, los demás, esas gentes que siguen teniendo las mismas caras. La cara de mis padres y la de aquellos hombres mono con caspa en los hombros.

Hoy por ejemplo desperté como ayer, angustiada y con las ganas de que la tierra me trague de una puñetera vez. La vida me pesa. Esa vida bella de escuela, ese camino diario de ida y vuelta, hoy me pesa como siempre. Sufro y hago sufrir. Lloro cuando quiero reír y río poco, más bien poco, por no perder las formas y los programas. Todavía me duele ser niña, aunque ya tenga mis años. He sido madre y abuela.

Madre de mis hijos y madre de mis hermanos. He sido persona, Mundi es mi nombre, ahí se los dejo. Pero mi mundo ha ido tan lejos como el mundo de una vaca lechera. Ahí de aquel día a la vuelta de la escuela. Mi santa madre sentada junto al brasero, con las manos cruzadas en el vientre, como de costumbre. Y mi padre de pie firme como una vara, hilando las últimas palabras del discurso, como él llamaba a las órdenes y a las obligaciones.

Padres, cómo os quiero y cómo os odio. Hermanos, cuánto os he querido, como una madre, que es lo que fui para vosotros, lo que me obligaron a ser. Cuánto os he dado y cuánto me habéis quitado. De hecho, todos me han quitado todo. Mis hijos, mi marido, aquellos amigos que he ido arrastrando como las latas de fabada enganchadas

al tubo de escape.

Visto desde hoy, se parecía mucho a mi padre, sobre todo en las hostias que me daba. La verdad, ya a estas alturas, en su condición y en la mía, le perdono, para qué nos vamos a complicar más la vida. La verdad, sinceramente, es que no le perdono, ni a él, ni a mis padres, ni a mis hijos, ni a mis hermanos. Porque me han quitado la vida. Esa vida que no me dieron. Esa vida que no me di.

Sufriendo, siempre sufriendo, como mi santa madre. Sufriendo y haciendo sufrir. Pero en realidad soy buena. No le deseo el mal a nadie. Pero no sé qué es el bien, como no supe decir que no o que sí en su debido tiempo. No supe decir lo que siempre digo cuando quiero morir. Si aquel maldito día donde mi padre me anunció a la par que otro hermano venía de camino y que yo ya no pisaría más la escuela ni el camino que llevaba a ella.

Lo primero fue tan cierto como que estoy aquí y ahora, escribiéndoles lo que no puedo decirles, lo que no he podido decir a nadie. ¿Por qué nunca me atreví a darme vida? ¿Por qué me la quitaron? ¿Por qué nunca me la di? ¿Por qué nunca compartí mi Mundi con vosotros, mis seres tan queridos, tan odiados? La verdad, y visto desde siempre, es que soy una gilipollas.

Me he sacrificado por los demás. ¿Y por qué? ¿Y qué he recibido a cambio? Sinsabores, pobreza, hostias, y tres hijos que querían vivir mientras yo quería morir. ¡Tierra, trágame! Te lo pido por dios y la virgen. Te lo pido por el espíritu santo y san Pancracio, al que rezo

todos los días y le pongo su velita y su manojo de perejil.

Disculpa mi san Pancracio por ese día que me olvidé de adorarte, encenderte y adornarte. Disculpa porque ese mismo día me tocó la lotería, no mucho, pero algo me tocó, vamos para darme un cariñito, que no me lo di, porque tenía prisa. Perdona porque me alegré de que por una vez en la vida me tocara algo. Me alegré tanto que me arrepiento. Me quise tan poco que me arrepiento. ¿Pero cómo se quiere una?

¿Cómo se hace eso? ¿Cómo se sale de la miseria? ¿Cómo se escapa una de la rueda de la vida de aquel hámster que limpiaba cada noche con agua tibia y Fairy? ¿No será que nadie se puede escapar de esa rueda de la vida mientras estemos vivos? Pues aquel pobre animalillo, una noche cogió el pendiente y se tiró por el balcón. Me lo devolvió espachurrado la vecina del bajo. Qué sangre fría la suya, y también la del animal.

Pero murió limpio y bien olido. Como los días muertos de mi vida, impolutos y repuestos. Con olor a lejía y a herida. Costras de esa niñez que no tuve. Los demás, siempre culpa de los demás, esos demases con cara de padre y madre. Y aquí me tienen hoy, ¿me ven?, con la faena de mi casa hecha y con la tarea de la vida deshecha.

A mis casi ochenta años, como una niña estoy, todavía queriendo ser doctora, en la rueda de la vida de mi casa sin amueblar, como mi vida misma. He querido y no he sabido querer. Vivo sin saber qué vivir. ¿Para qué y para cómo? ¿Y cómo se vive bien con tanto odio dentro?

Les odio y me odio. Hasta el último de mis días odiaré el no haber tenido vida, ni ser capaz, ni ser valiente. Odiaré a mi santa madre, a la vara de mi padre, a mis hijos, a mi marido y sus roces, a mis hermanos y sus robos, y seguramente a ustedes por no leerme.

Aquel día maldito que me quitaron la niñez, la escuela y todo lo demás. Puñetera vida de grilletes y postguerra.

Antón K. — antonkaegikah.com